



**Universidad Nacional de Rosario  
Facultad de Psicología**

**Trabajo integrador final.**

**La transferencia en la psicosis y la función del analista**

Ensayo

**Autor:** Lautaro Geronimo

**Legajo:** G-5635/9

**DNI:** 40542755

**Docente responsable:** Mag. Agustín Calderón.

2023

## Agradecimientos

Agradecer es un gesto tan insensato como necesario, como siempre que la palabra intenta alcanzar la ternura y el amor.

Sin embargo, intentarlo no es en vano:

A mi familia y su afecto inagotable, que ha sido la columna donde apoyarme. A mis amigos y su risa burlona, con los que aprendo que *nada es demasiado serio*. Excepto la amistad.

A Octavio, por su infatigable compañía en este camino.

A los profesores que me han marcado.

A Agustín, que está implícito en cada una de las líneas anteriores. Por ser referencia tan cariñosa como rigurosa. Ah, y tutor.

A la Universidad pública, siempre.

A Margarita, por su amor increíble.

## ÍNDICE.

2

Resumen.....4

Introducción.....5

I.Sólo sé que no sé nada. El secretario como respuesta.....	6
II.Bajo este sol tremendo. El sujeto como testigo y el analista como semejante.....	9
III.En la cima de la desesperación, una mano. El exceso en la psicosis y la sumisión del analista.....	12
IV. Del temblor a la arcilla. La invención en la psicosis y el analista como sostén.....	15
V. Conclusiones.....	17
Referencias bibliográficas.....	18

**Resumen:**

El presente trabajo consiste en un ensayo que tiene como objetivo ubicar la problemática de la modalidad transferencial en la clínica de la psicosis y la función del analista que convoca, ya que según las situaciones y momentos de trabajo ésta variará en sus cualidades.Toma como base una lectura sobre la posición del sujeto, y parte de la hipótesis de que hay un tratamiento posible siempre y cuando el analista se deje usar por el paciente: esto implica asumir la posición desde donde el psicótico lo sitúa y lo construye, desde un lugar que no sea amenazante ni indiferente. La argumentación de este escrito

atraviesa diversos momentos; comienza circunscribiendo la diferencia entre la posición analítica de la médica-psiquiátrica, luego especifica las particularidades del sujeto psicótico y su transferencia —sea respecto al saber, al exceso, a la invención— y por último, repara en las funciones que dichas particularidades reclaman del analista en transferencia. Las conclusiones a las que se arriba, luego de sostener un trayecto tanto teórico como clínico, permiten sostener la hipótesis inicial: hay transferencia y tratamiento posible, siempre y cuando las referencias con las que cuenta el sujeto sean el puntapié para el trabajo analítico. El analista con la sumisión a dichas referencias, y la actividad que implica dicho ejercicio, trabaja en pos de una estabilización no sin antes ratificar el saber del sujeto para que despliegue su decir, como también proponiéndose como un alguien que brinda el espacio para que lo mortificante de ese saber se acote.

### **Palabras clave:**

Psicosis - Saber - Transferencia - Analista.

## **Introducción**

4

*“La transferencia ha sido, con respecto a la psicosis, la piedra del escándalo del psicoanálisis”.*

Paul Federn, La psicología del yo y las psicosis.

Este ensayo es fruto de una inquietud: en el encuentro con la psicosis, ¿cómo pensar un tratamiento? De allí que la base de este escrito sea considerar la transferencia en la psicosis y la función del analista tomado por la misma.

Freud (1991) fue contundente: no hay transferencia en la psicosis. En un movimiento curioso, a la vez que ubicaba a dicho fenómeno como universal, le quitaba su potestad en la psicosis. Su lectura clínica era que, debido a su hermético autoerotismo, este tipo de pacientes no resultaban idóneos para investir libidinalmente a su terapeuta. Por ende, no hay posibilidades de psicoanálisis. Sus comentarios al respecto impactaron en sus seguidores y en la praxis analítica, aunque no todos desistieron en este campo. Aun así, su contundencia no lo eximió de ese gesto tan propio: el aportar. En cambio, si nos vamos a otro gran pilar de nuestra enseñanza académica, Lacan, sube al barco del psicoanálisis por otra puerta: la psicosis. Sí, afirmó; el psicoanálisis tiene algo que decir, los psicoanalistas algo que hacer. ¡No retrocedan!, fue su orden.

Con Lacan (2017) —nobleza obliga, no solo con él— decimos que hay transferencia en las psicosis. Y, al igual que en las neurosis, es la clave para pensar un tratamiento posible. No hay clínica psicoanalítica sin lectura de las claves transferenciales, sea psicótica o neurótica. Sin embargo, una y otra difieren en sus modalidades. Tomando la vía de la generalidad, podemos decir que la transferencia es la puesta en acto de un lazo entre amoroso y hostil, de carácter inconsciente, en donde una relativa disparidad entre los participantes es condición necesaria. “Se desarrolla sobre todo en aquellas relaciones en las que resulta evidente la asimetría respecto al saber y al poder entre los participantes” (Álvarez, 2020, p.108). Lo que queda implícito es que la transferencia no se reduce a un trato entre paciente y analista. Ahora bien, un analista es tal cuando lee las claves transferenciales en las que está implicado. Esto último permite acentuar aquello que no se debe olvidar: el analista en transferencia forma parte del cuadro. Y en tanto tal, su función es vital.

El problema, que arrastramos desde Freud, es que la clínica de la psicosis no puede ser pensada tomando como paradigma a la neurosis, eje en el que se sustenta en gran parte —aunque no toda— nuestra formación académica. Y, como la teoría nace de la práctica y se retroalimentan mutuamente, esta vía cruzada se lee a la hora de pensar la posición y función del analista. Esto impone, para sostener el trabajo con la psicosis, una reformulación conceptual y sus derivados a la hora de pensar la función del mismo allí.

Decimos que no hay clínica analítica sin transferencia. Decimos también que la hay en la psicosis y que un tratamiento es posible. Ahora bien, ha pasado mucha agua bajo el puente, y decir esto no reviste novedad alguna. Por ello, este ensayo tratará de ubicar las modalidades propias de la transferencia en la psicosis y a qué funciones del analista convoca. Sosteniendo la hipótesis de que hay un tratamiento posible siempre y cuando el analista se deje usar por el paciente; es decir, que asuma la posición desde donde el psicótico lo sitúa y lo construye, desde un lugar que no resulte amenazante, como tampoco indiferente. Esta posición activamente pasiva implica una lectura —y relectura— de las claves transferenciales que no se agota ni mucho menos en esos primeros momentos de construcción y asentamiento de la transferencia.

Intentaremos ubicar diversos aspectos que hacen a la posición del sujeto psicótico, la transferencia que plantea y, desde allí, pensar los modos que toma el analista en este encuentro. Partiendo de diferenciar la posición médica de la analítica, yendo a las particularidades del encuentro entre el sujeto y un analista. Desde el saber del sujeto y el secretario que lo ratifica, hasta el cuerpo del analista que habilita una invención estabilizadora para el sujeto. Pasando tanto por el testimonio que se dirige a un semejante, como el exceso que convoca un alguien que acote lo que tortura.

## **I. Sólo sé que no sé nada. El secretario como respuesta**

*“El profesor dijo: «Usted ha venido a ocupar su lugar»”.*

Hilda Doolittle, Tributo a Freud.

*“¿A que atañe? ¿A la causa general? ¿O es una aflicción particular,*

En los años 1955-56, en su tercer seminario, Lacan lleva a cabo un ejercicio implacable de interrogación sobre la posición y función del analista. Ejercicio que se presenta, a la vez y de manera complementaria, como una advertencia y una propuesta.

Conocida es la función del analista que propone en este seminario, posición que cree apropiada en el encuentro con la psicosis. Dicha función, que se postula en neta oposición con la médico-psiquiatra, es la del *secretario del alienado*. Inclusive, Lacan en su propuesta marca un corte con las tradiciones que lo anteceden; como bien podemos leer en su —ya famosa— frase: “Pues, no solo nos haremos sus secretarios, sino que tomaremos su relato al pie de la letra; precisamente lo que siempre se consideró que debía evitarse” (Lacan, 2017, pp 295-296).

Ahora bien, antes de adentrarme en el estatuto mismo de esta función, de esta concepción del analista, debo resaltar que la cita es extraída de la clase XVI. Y Lacan, desde el comienzo del seminario, viene haciendo una crítica férrea a la noción de *comprensión*. Este ejercicio de lectura le sirve para interrogar al analista y su modo de leer la clínica. A su vez, esta crítica es el hilo que lo va llevando —entre otras cosas— a la mencionada proposición a la que arriba en la clase XVI.

La comprensión, para Lacan, opera en la dimensión de la clausura y lo que queda por fuera en este cierre es el sujeto. La comprensión tendería a tomar por obvio lo que, si se presta atención, nada tiene de obviedad y sí más bien de ilusión. En este caso, la ilusión sería una: creer que comprendemos a los enfermos. Se cree comprender a los enfermos debido a que se aborda la experiencia, por singular que sea, con categorías dadas a priori que tienden a un pensamiento basado en analogías. Entonces, esta advertencia, que a nivel teórico parece sencilla pero en el registro de la praxis es de una complejidad insoportable, nos permite ubicar que un analista debería tener cuidado de dos cosas: por un lado, de creer que comprende y, por el otro, de no ser lo suficientemente curioso. Pero, ¿de qué estamos hablando? De la abstinencia entendida como no proponer nuestro modo como si fuese un modelo, así como también de abstenerse a juicios predicativos. Y el ejercicio de la abstinencia lo que hace es allanar el camino a la función por la cual el analista, entre otras, es conocido: que pone la oreja, que escucha, que aloja lo diverso.

“Tomar el relato al pie de la letra” se nos propone en esa dimensión, como un escuchar sin apresurarse a comprender, sin forzar los términos, sin imponernos. “Tal es el valor que Lacan le otorga a la palabra del psicótico, valor en el que se sustentan la ética y el método en los que se inscribe su posición clínica de base para alojar, justamente, el testimonio del sujeto independientemente de su diagnóstico” (Vetere, 2012, p. 25). Como plantea en la misma clase, a partir de una presentación de enfermos: “¿No les impactó, a quienes allí estaban, ver hasta qué punto se obtiene algo mucho más vivaz si, en lugar de tratar de determinar como sea si la alucinación es verbal, sensorial o no sensorial, simplemente se escucha al sujeto?” (Lacan, 2017, p. 296) Lacan, de manera sutil, propone suspender, como él dice, las *categorías de escuela*, que son las referencias que uno buscaría, justamente, para terminar de hacer las cuentas y que la siempre gratificante comprensión nos empape con su elocuencia.

Las batallas de Lacan en este seminario son varias, pero esta es una de las principales. Intenta ubicar la función pertinente para el analista y, como en este seminario el sujeto principal es el de la psicosis, la discusión no se da necesariamente en el campo de la medicina, pero sí con los médicos, los psiquiatras. La posición psiquiátrica, mejor dicho. Ya

que, de más está aclarar, un psiquiatra puede sostenerse en una posición analítica y un analista, en una psiquiátrica. Es decir, esa posición la podemos asumir todos, independientemente del diploma burocrático que obtengamos. Volvemos a insistir en que

esta posición clínica que él denuncia tiene como base el furor por comprender, en donde la principal preocupación a la hora de llevar a cabo un interrogatorio es que “las clavijas encajen en los agujeritos” (p. 174) Y, de ello, Lacan deduce lo que para él es la principal reacción de un psiquiatra: la molestia que le genera el escuchar disparates.

Ahora bien, ¿cuál es el psiquiatra que más aparece en el seminario 3? Decididamente, Flechsig. Su posición sirve de contrapunto para figurar e ilustrar lo que vengo planteando.

Schreber, en el capítulo IV de sus memorias, dice sobre el reencuentro con su doctor: “Siguió una larga conversación, en la cual el profesor Flechsig, no puedo negarlo, desplegó una elocuencia sobresaliente que no dejó de producir un *profundo efecto sobre mí*” —el subrayado es mío— “habló de los progresos que había hecho la psiquiatría desde mi primera enfermedad, de los somníferos recientemente descubiertos, etc, y me dio la esperanza de que toda la enfermedad desaparecería mediante un solo sueño prolongado” (Schreber, 1999, p. 85). Seguido a esto, ubica un fortalecimiento para luego adentrarse en los laberintos más sufrientes de su enfermedad. Incluso, en el mismo capítulo, argumenta su intento de suicidio: “El pensamiento de que a una persona a la cual ya nunca será posible proporcionar el sueño aun con todos los recursos del arte médico no le queda finalmente más que quitarse la vida, me dominaba por entero”. (1999, p. 87). No está de más aclarar que, luego de este encuentro, Flechsig empieza a tomar un carácter preponderante en su delirio y alucinaciones, ubicándose como un perseguidor para el sujeto. Volveremos más adelante sobre los efectos de asumir esta posición *del que sabe y comprende*. Lo que nos interesa subrayar: era el primer encuentro con Flechsig desde su primera enfermedad unos ocho años atrás.

Podemos hipotetizar que Flechsig habló desmesuradamente, que dejó poco lugar para la escucha, que comprendía demasiado. Que la ciencia —y su avance— opera como un obstáculo, al leer la experiencia de Schreber como un objeto más de la ciencia entre otros. Sabemos que Schreber llega allí con una enfermedad que mostraba su nariz, una desestabilización que estaba comenzando, pero es imposible no pensar este encuentro bajo los términos de Lacan, cuando se expresa diciendo: “(...) un análisis puede desencadenar desde sus primeros momentos una psicosis, pero nadie ha explicado nunca por qué. Evidentemente está en función de las disposiciones del sujeto, pero también de un manejo imprudente de la relación de objeto” (Lacan, 2017, p. 28)

Entonces, por un lado tenemos las disposiciones del sujeto y, por el otro, un manejo imprudente de Flechsig. Este último se erige como el portavoz del Saber y en tanto tal, lo ostenta; Schreber es avasallado por esta posición. Al punto tal que en varias partes de sus memorias nombra al Hospital de Leipzig como el Hospital de Flechsig (1999). Y la ciencia, el saber médico, poco sabe de lo que le sucede a Schreber, como bien lo demuestra la crítica que le hace a Kraepelin (p 114). Es contundente en esto: él es el testigo, no la ciencia. La verdad es suya y él la reconoce. Esta certeza radical e inquebrantable —en tanto que eso le concierne, que lo toca a él—, aun así no lo exime de buscar reconocimiento, como la publicación de su libro es argumento. Podemos ir planteando que en el sujeto psicótico hay una disposición testimonial, que se traduce como: hacer saber al otro. Las *Memorias* de Schreber tienen este estatuto testimonial, ya sea en relación a la ciencia, la religión o a su círculo de relaciones. Y esto permite pensar por dónde asumir nuestra posición como analistas.

Porque, para Lacan, el secretario del alienado es una respuesta a la certeza que el psicótico tiene sobre su delirio. Esta certeza Lacan la va a ubicar una y otra vez durante todo el transcurso de este seminario como uno de los elementos diferenciales para situar al delirante, incluso para diferenciarlo del *sujeto normal*. Término que luego no volverá a utilizar. No obstante, es importante, en pos de seguir pensando al secretario como efecto de la posición del psicótico, acentuar la importancia que Lacan le da —y nosotros también— a la categoría de certeza. Este sujeto normal nunca toma demasiado en serio su discurso

interior, y, para él, “(...) la certeza es la cosa más inusitada” (Lacan, 2017, p. 109). Tal es así que “(...) el alienado encarna, sin pensarlo siquiera, aquello en lo cual iríamos a parar si empezáramos a tomar las cosas en serio” (p. 178). Y luego, acorde a sus planteos, va a decir: “Tomemos pues en serio, sin demasiado temor, a nuestro sujeto (...)” (idem).

No nos convoca en absoluto la categoría de *normal*, Lacan la abandonó y nosotros nunca la utilizamos, al menos en serio. Aun así, estas citas son traídas por una razón sencilla: la certeza del sujeto es hija de una seriedad, un compromiso, una implicancia, que reclama de nosotros estar a la altura de lo que se nos dice.

Para retomar y finalizar, esta función —la del secretario— daría cuenta de un modo de escuchar y leer en donde el que sabe y el que puede decir algo de la experiencia en la que está inmerso es el sujeto, y en este movimiento lo que hacemos es reconocerlo como tal, con su justo valor al relato del que es portador, al que tomaremos *al pie de la letra*. Esta indicación de Lacan es esencial para pensar la clínica en general y la de la psicosis en particular: el analista debe correrse de la posición del saber y ubicarse más bien como quien ignora.

## **II. Bajo este sol tremendo. El sujeto como testigo y el analista como semejante**

*“¿No vieron nunca una vela atravesando el mar,  
hinchada al máximo y temblando bajo el poder del viento?  
Al igual que esa vela, temblorosa bajo el poder del viento,  
avanza sobre el mar mi saber, ¡mi salvaje sabiduría!”*

Nietzsche, Así habló Zaratustra.

Tremendo, tremendo es el sol a la intemperie, no porque uno se haga cenizas ante él, sino porque su manto lo cubre todo. El sujeto psicótico, está, por momentos, en la intemperie, allí donde la experiencia reclama una presencia que no puede hacer oídos sordos, ni huir a sitio alguno. La experiencia reclama de él su compromiso, en una cita a la cual no puede faltar.

Pero, ¿Qué sabe el sujeto?, ¿A qué responde su certeza?, ¿Por qué semejante

implicancia en eso que le concierne? y, ante todo esto ¿Cómo y por qué un analista? A estas preguntas intentaremos dar respuestas en este apartado.

Como tenemos noticias, Schreber, en sus *Memorias*, testimonia acerca de esa relación con, nada más ni nada menos, Dios. Sus intentos no son vanos, según él, y darían cuenta de una concepción nueva y más precisa de Dios en general y de la religión en particular. Schreber es claro: "(...) para mí hay algo que está fuera de duda: que he llegado infinitamente más cerca de la verdad que todos los hombres a los cuales no les han sido concedidas relaciones divinas" (1999, p. 59). Como varios autores lo han ubicado, Schreber es un teólogo. Sabemos que la erotomanía divina, construcción delirante y estabilizadora, no fue de suyo desde el principio, sino que, como el término construcción lo indica, llevó un tiempo y el pasaje por avatares diversos. Desde la aberración ante las intenciones de Dios y sus secuaces para con él y su cuerpo, hasta las críticas más audaces ante Dios y su ignorancia con respecto a los humanos, como también ese goce contemplativo ante la presencia de los rayos divinos. Ahora bien, en este trabajo no nos centraremos en su aspecto teológico, sino, más bien, en esa relación entre el sujeto y el Otro. Este modo de leer nos permite pensar, en este caso a la paranoia, como una respuesta que se organiza en torno a la invasión del Otro y desde ahí precisar la transferencia en la psicosis.

Lacan remarca que "El fundamento mismo de la estructura paranoica es que el sujeto comprendió algo que él formula, a saber, que algo adquirió forma de palabra, y le habla (...) testimonia acerca de la estructura de ese ser que habla al sujeto" (2017, p. 63). Esto que le habla viene desde ese lugar, en el caso de Schreber, radical y absoluto, que es el Otro y lo que el psicótico dice de esto cobra el valor de un testimonio al ser testigo privilegiado. La noción de testigo es una noción esencial, ya que en el seminario al que hacemos referencia, Lacan propone al neurótico como testigo encubierto y al psicótico como testigo abierto respecto a lo que viene del inconsciente. Esto *encubierto* tendría como efecto en el neurótico una posición que se propone al desciframiento, por lo enigmático de asumir esta posición. No es así en las psicosis, no somos llamados a descifrar. Como podemos ver en Schreber, él es testigo abierto de la intencionalidad del Otro, él tiene la certeza de lo que el Otro pretende de él y Kraepelin, por ejemplo, ese monumento de la psiquiatría, es un pelele. No solo Kraepelin, sino, como muy bien aclara, ha llegado mucho más cerca de la verdad que el resto de los hombres. Desde ya, esto cuenta también para el analista. Pero, subrayemos: lo que Lacan quiere precisar es que el comienzo del delirio se da a partir de una iniciativa que parte del Otro y se dirige al sujeto, y, no está de más, esta iniciativa tiene un agregado: "el Otro quiere que se sepa" (p. 275). Es en esta iniciativa, en ese movimiento que se dirige al sujeto, donde lee un mecanismo transferencial.

Tal vez no haya mejor arista para considerar esta modalidad, y para adentrarnos en el estatuto de la transferencia en la psicosis, que hacerlo vía las puntualizaciones sobre el psicótico y su *eros*; para pensar allí la función del analista teniendo como base un modo de leer la posición del sujeto. ¿Cuales son las consecuencias de pensar un *eros* propio de la psicosis? Que hay amor, o en otras palabras: que el sujeto puede asumir una posición

9

libidinal, erótica, que de cuenta de un modo particular de relación con el Otro. ¿Cómo vamos a ubicar al analista en todo esto?

Lacan propone que el psicótico sólo en la relación al significante puede captar al Otro, "(...) solo se detiene en una cáscara, una envoltura, una sombra, la forma de la palabra. Donde la palabra está ausente, allí se sitúa el Eros psicótico, allí encuentra su supremo amor" (p. 365). También, en la misma clase, va a decir que este amor es un amor muerto. ¿A dónde apunta Lacan y cómo se encadenan estos dos enunciados? Lo que intenta señalar es que la relación de la psicosis con el Otro es, por así decir, sin velo. Es radical, al operar como excluido luego se impone. La *cáscara*, *la envoltura*, *la sombra*, es el significante en su aspecto material, el significante en tanto tal, y no a las significaciones que se obtienen de él. Una significación siempre lleva a otra y a otra —es decir, allí reina el

malentendido— y esto no sucede, por ejemplo, en Schreber. Hay un sentido sitiado por el Otro.

Y todos los planteos de Lacan van en esta dirección. De manera implícita en su, por así decir, fórmula del neurótico como testigo encubierto y la psicosis como testigo abierto, la duda cae de un lado y la certeza del otro. ¿A qué responden estas modalidades? En la neurosis su propio mensaje le retorna desde ese lugar Otro en forma invertida, porque en la neurosis el mensaje es una respuesta a una pregunta que lee en el Otro. Y como esta respuesta nunca es acabada y no es sin ambigüedad, se propone al desciframiento debido al vaciamiento que se localiza en esa instancia Otra. En cambio, en la psicosis falta este bucle del mensaje invertido, no hay instancia de desconocimiento en el encuentro con el Otro. Por ello es un amor muerto, porque el sujeto es barrido, inmovilizado, es tomado como objeto y él sabe, justamente, qué objeto es para el Otro. Por ello Lacan observa en el testimonio de Schreber de su relación con Dios como “vaciado de su persona” (p. 115), como si fuese un testimonio objetivo —que es lo que Schreber mismo argumenta: su testimonio muerde la verdad allí donde la ciencia y la religión no asestan el mordiscón— en donde nada de él subsiste ante el tú que parte del Otro. De allí la inmovilidad del sujeto y la certeza sobre la exigencia que se le encomienda. Schreber lo tenía claro, mucho más claro que Flechsig, Dios quería poseerlo y gozar de sus atributos sexuales y, luego de la construcción divina y estabilizadora, Dios lo exige en calidad de esposa para repoblar la humanidad entera. Este saber no se encuentra en el neurótico —que nunca sabe bien qué objeto es para el Otro— y por ello este prestarse al desciframiento es propicio en su posición.

En este seminario se da a leer, pero Allouch en *Ustedes están al corriente, hay transferencia psicótica* (2015) precisa muy bien tres lugares en el trabajo con una psicosis desencadenada: el lugar del *testigo*, es decir, el sujeto de la psicosis. El lugar del *Otro* donde se origina una asignación desubjetivante, persecutoria e invasiva por esto mismo. Y el lugar del *otro* —el semejante— donde el sujeto hace valer su testimonio. Y en la discriminación de estos tres lugares, teniendo como referencia este lugar tercero, el del semejante, es donde se va a poner en juego nuestra intervención en el mecanismo transferencial en las psicosis. En donde el analista, el secretario, es llamado a co-delirar. Es decir: somos llamados en calidad de otro imaginario, de par. Esta posición del lado del semejante permitiría al sujeto no quedar atrapado en la vectorización S — O, donde siempre es amenazado en calidad de sujeto. Importante es resaltar que la actividad cae del lado del sujeto, que es quien ubica al analista como un semejante, como un co-delirante y quedará en manos del analista aceptar o no las coordenadas a las cuales es convocado.

Allouch, en el mismo texto, observa que el neurótico transfiere en tanto analizante un saber a la figura del analista y la psicosis, al contrario, plantea transferencialmente; que es un prestarse a soportar una transferencia de saber con respecto a su delirio. Entonces, como dirá este autor, “(...) podemos intervenir cuando, dirigiéndose a nosotros como a un semejante, como a un codelirante potencial, el psicótico espera de nosotros una confirmación de la experiencia que él sufre de la que se hace entonces para nosotros el testigo” (p. 1). Y, más adelante, va a sostener que en esto radica la especificidad de la transferencia en la psicosis, que es “(...) Lacan lo observa, una transferencia al psicótico. Él no está sin saber e incluso sin tener razón de su saber. Nada obtendremos de él si le

rechazamos eso. Y por una razón de estructura” (idem).

Esto es importante, porque uno se vería tentado a pensar que el sujeto, al reconocer su verdad como inquebrantable, podría prescindir del otro. Vemos que Allouch acentúa que esto no es así; el psicótico necesita de alguien que confirme su experiencia al cual invita a co-delirar con él. Si queremos pensar un trabajo posible en este encuentro, no sin transferencia, debemos aceptar esta propuesta. Aun así, nunca debemos perder de vista que este aceptar no es estrictamente a co-delirar. Allouch agrega esa palabra, en este caso

clave, que es *potencial*. Al acoger y reconocer este lugar en el cual somos ubicados aceptamos co-delirar, por el hecho de reconocer esta posición de testigo de la intencionalidad, de la iniciativa del Otro, más no dejamos de ser potenciales. ¿Por qué seríamos potenciales y no delirantes en acto? Porque, justamente, nosotros no somos testigos, no estamos tramados en esta exigencia del Otro, y, también, no comprendemos —en todo el alcance de la palabra— lo que le sucede al sujeto, no sabemos lo que el Otro le hace saber sino que nos dejamos tomar por lo que él quiere hacernos saber de lo que el Otro le hace saber.

### **III. En la cima de la desesperación, una mano. El exceso en la psicosis y la sumisión del analista**

*“Pero el esplendor y la versatilidad de la locura son comparables al agua que se cuele o se desborda con facilidad a pesar de un dique...”*

Fitzgerald, Suave es la noche.

*“¿Cómo pueden los analistas descartar de su experiencia lo que se les ofrece en grado sumo sobre la función de la mano?”  
Jacques Lacan, seminario El acto analítico, 6/12/1967.*

Antes ubicábamos la certeza como una posición a localizar en el psicótico, sin embargo, en el apartado anterior se deslizó el término de *estructura* y un modo particular de relación al Otro vía el significante. Desde allí intentamos ubicar la posición erótica que asume el sujeto para localizar el lugar propicio a adoptar como analistas. Ahora bien, en este apartado retomaremos la función y el lugar del significante para pensar los efectos a nivel de la estructura y así rastrear la posición del sujeto, ya no desde una perspectiva erótica; esto nos lleva, en definitiva, al operador de lectura clave del *seminario 3*.

Como es patente, al menos por el momento, la matriz conceptual de este ensayo se sostiene en el seminario tercero de Lacan. Y el operador de lectura en el mismo, ese que le permite a Lacan separar las aguas —por un lado neurosis, por el otro psicosis— es la forclusión del Nombre-Del-Padre en lo simbólico, que daría cuenta de algo que no hay en la estructura psicótica. Este significante que falta fue rechazado, precluido en momentos de constitución del sujeto; es decir, este mecanismo nos lleva a las coordenadas del ambiente donde el sujeto es tramado ya que allí se transmite, o no, este significante. Este significante está en íntima relación con las legalidades que operan a nivel de la estructura, al ser un regulador del campo de significaciones. El sujeto de la psicosis, al no contar con la inscripción metafórica de este significante, al encontrarse con lo que Lacan denomina “Un-padre” (2018, p. 552), no tiene referencias para poder abordar lo que adviene, y, allí “(...) inicia la cascada de los retoques del significante de donde procede el desastre creciente de lo imaginario, hasta que se alcance el nivel en que significante y significado se estabilizan en la metáfora delirante” (idem).

Es decir, lo forcluido en un momento luego retorna en una modalidad que se impone, como veíamos en el apartado anterior. Como Lacan ubica a lo largo del seminario en relación al Otro, en tanto que opera en un momento como excluido, luego se impone en términos radicales y absolutos. A pesar de que sobre estas postulaciones han recaído críticas a las cuales adherimos —debido al fundamento deficitario para pensar la diferencia entre la neurosis y la psicosis— podemos extraer de allí que el significante no opera de igual manera en la neurosis como en la psicosis, por ende, las cualidades de los registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario difieren. Lacan va a ubicar y precisar cómo esa falta fundamental en el lugar del Otro tiene efectos concretos a nivel de la relación imaginaria, esa relación siempre de tensión, agresividad y destrucción, donde el yo es el otro y el otro es yo. De esto mortífero se sale a partir de este lugar tercero, garante de la ley, el Otro, que —en este nivel— opera como apaciguador al regular los efectos de significación. En la psicosis, esta relación imaginaria —inyectada de sentido— se puede tornar mortífera, al ser el Otro un lugar al que no se puede referenciar.

A su vez, si prescindimos de pensar estas propuestas en términos deficitarios, podemos ver en este gesto de Lacan, acentuar, con valor clínico, que la estructura de la psicosis “(...) no se define por la fenomenología sino por las marcas en un discurso —del que surge un sujeto (...)” (Leibson & Lutzky, 2020, p. 30). Este eje nos va a permitir hacer algunas precisiones.

Como veíamos, cuando la psicosis propone en acto —a la transferencia— no es orientada por una falta de saber que aquel otro puede llegar a detentar, ni por una verdad

que podría llevar a revelar. Por eso, se dice, mejor abstenerse de interpretar, de fomentar la asociación libre y de no revolver mucho la olla edípica. El psicoanálisis no hace uso de técnicas, o más bien son pocas: asociación libre e interpretación. Y en estos casos, mejor no echarles mano. No echarles mano por la sencilla razón de que las claves transferenciales no

se plantean en esa dimensión. No nos resulta extraño reflexionar en la negativa de Freud para pensar el dispositivo analítico en el trabajo con la psicosis. No obstante, Lacan, en este punto, redobla la apuesta: el analista deberá adoptar “(...) una sumisión completa, aun cuando sea advertida, a las posiciones propiamente subjetivas del enfermo (...)” (2018, p. 511).

Leibson y Lutzky (2020) van a destacar en estos planteos de Lacan un paso dado —entre otros— que le permiten pensar a la psicosis como una estructura con sus particularidades subjetivas y no en déficit, en la cual tanto el discurso como el cuerpo se organiza a partir de ciertos ejes. Esta *sumisión advertida* es condición necesaria para pensar el encuentro con la psicosis y el despliegue de su decir. Y, fundamentalmente, como para los autores, asumiendo esa posición evitaremos quedarnos entrampados en posiciones que se vinculan a los “automatismos neuróticos” que operan en la dimensión de los prejuicios. Además, ubican clínicamente que trabajar con el sujeto psicótico a partir de condiciones neuróticas produce efectos catastróficos.

Y nos presentan, para ejemplificar, un recorte clínico. La situación es la siguiente: una mujer va a consulta con un psiquiatra luego del comienzo de un desencadenamiento; en ese primer encuentro, le cuenta acerca de sus peripecias amorosas como también sobre ciertos inconvenientes con su sexualidad. El médico, ante esto, le imparte una serie de técnicas y medidas para desarrollar una “sexualidad normal (en términos del psiquiatra)” (p.35). A las pocas horas de ese encuentro —como le sucede a Schreber luego de las indicaciones de Flechsig— sus alucinaciones tomaron otro carácter, y su enfermedad se acentuó de manera notoria. Con el paso del tiempo, “el psiquiatra que le indicó las técnicas para mejorar la sexualidad (...) se convirtió, luego de ciertas transformaciones, en el que intenta (y logra) manejar sus pensamientos y sensaciones” (p. 37). Y concluyen que: “Si el analista no considera ‘las posiciones propiamente subjetivas del enfermo’, terminará favoreciendo los efectos de forclusión, se pone en serie con ella” (p. 39). Tanto el ejemplo de Flechsig con Schreber, como este, nos permiten ubicar que, como dice Vetere (2012) y por las razones que enunciamos en el apartado anterior, el analista no debe ocupar ese lugar de Otro todopoderoso. Pues allí uno se presta a erigirse como Un-padre y arrasarlo con el sujeto y su posición, ya que forzamos al psicótico a recurrir a una referencia con la que no cuenta. Vemos que los planteos de Lacan tienen sus argumentos clínicos como teóricos, la *sumisión completa a las referencias subjetivas del enfermo convoca* a que el sujeto ponga a jugar en transferencia las referencias que sí tiene a disposición.

En este punto nos interesa retomar la posición del que no comprende, del incauto, del que ignora, del sumiso, que es sumamente pertinente en el encuentro con la psicosis. Si en el apartado anterior ubicamos una actividad predominante del lado del sujeto —esto no significa pasividad del lado del analista— aquí podemos pensar que el ejercicio en su función cae del lado del analista. Tengo que insistir que ni en un momento ni en el otro implica una partición que fuese simple: actividad por un lado, pasividad por el otro. Pensamos en términos de prevalencia, ya sea de una actividad pasiva o de una pasiva actividad. El analista deberá hacer efectiva la abstención, sea en el nivel de los prejuicios a la hora de escuchar, como también al momento de tomar la palabra. A lo que apuntamos: deberá abstenerse de manera radical del goce del sentido. En esta dimensión, entendemos a la abstención como la abstinencia a la hora de la interpretación. Podemos afirmar: la interpretación —del analista— es un delirio en sí mismo que se sostiene en un saber supuesto que recae sobre su lugar. Como ya vimos, en la psicosis no se juega en esta mesa.

Ahora bien, el delirio psicótico es ya, en sí mismo, una interpretación. “Sobreinterpretar el delirio (...), o sea, agregarle sentidos, deriva en la multiplicación al infinito de esos sentidos (...)” (Leibson & Lutzky, 2020, p. 73). Para los autores, este forzamiento puede llevar a una rivalidad y agresividad, prevaleciendo lo peor de lo

imaginario. “Un imaginario que trata al Otro como si fuera otro es un imaginario que la clínica no resiste, y el psicótico tampoco” (p. 74). Jose Maria Alvarez (2020) en este mismo registro plantea que hacer uso y abuso de la interpretación, en estos casos, solo llevaría a una “paranoia generalizada” (p. 194). En el mismo sentido argumenta el por qué —a diferencia del neurótico— más vale no revolver mucho sobre la historia subjetiva del analizante. “Una cosa es acotar ciertos acontecimientos y avatares de la historia personal y otra bien distinta es ahondar en lo que está bajo el cemento de la forclusión” (p. 119) Y concluye que es preferible no perturbar demasiado al sujeto —su postura se podría reducir más o menos así: no molesten mucho al psicótico— cuando se ha defendido de algo de un modo tan radical (idem). Federn (1984), de los primeros en el campo psicoanalítico que leyó no solo la posibilidad del psicótico de entablar una transferencia sino su *anhelo* por hacerlo, nos da varios apuntes al respecto. Por un lado, dice que: “Aplicar el mismo método —se refiere al método aplicado a la neurosis— con los psicóticos significa abrir represas y esclusas en medio de la inundación. (...) En general, aumenta la catástrofe” (p. 158). También subraya sobre los inconvenientes de interpretar en general, y en particular los sueños. Por otro lado, yendo a la otra técnica psicoanalítica, la asociación libre, nos dice que no hace falta su uso. Esto se debe, de manera sencilla, a que esta técnica es utilizada —desde los parámetros freudianos— para que lo inconsciente emerge, y en la psicosis el inconsciente está a plena luz. Lo que muchos autores ubican como este *inconsciente a cielo abierto* en la psicosis.

Lo que queremos acentuar es que el psicótico ya tiene bastante con su cuota de saber gozoso —saber compacto si los hay—, y esto por razones de estructura. Esta, por momentos, debido a los efectos de sentido que acarrea dicha posición, está tomada por lo abusivo, por el exceso, sin la posibilidad del corte a nivel de la significación; a saber: si no se la usa con precaución, la palabra puede ser una roca. Esto no implica que el analista no hable, sino que sus intervenciones deben ir a contrapelo de este vicio de estructura, deberá abstenerse de la interpretación e intentar acotar y relocalizar este goce que cuenta en demasía. Siempre y cuando sea ubicado en este lugar, como venimos machacando, con su *sumisión completa a las referencias subjetivas del enfermo*. Aun así, diversos autores como Maleval (2020), Jose Maria Alvarez (2020), entre otros, ubican que el analista en la mayoría de los casos es convocado, en transferencia, a ocupar este lugar. Algunos hablan de limitar el exceso, otros de atemperar o acotarlo, etc. Nos parece pertinente, aunque su dirección es similar, el término de *acotar* en detrimento de *limitar*, que siempre nos puede desviar debido a sus cercanías a los imperativos superyoicos. Acotar nos llevaría a pensar al analista y al ejercicio de su función en este caso, como un intento de “(...) rectificar aquello que se empantana, cruje, grita, ahoga, espanta o enloquece, según los casos y situaciones” (Amorós, 2017, p. 19).

Es oportuno el comentario que le hizo un analizante a Jose Maria Alvarez, en donde leemos el efecto en transferencia de este acotar el goce que parasita al sujeto: “Aquí me siento seguro. Es un alivio para mí estar aquí un rato. Por lo menos sé que aquí estoy a salvo” (2020, p. 144). El analista y su espacio se presenta, en este caso, como una presencia que acota lo que tensa, es decir: que cerca lo traumático.

¿No es acaso el análisis, por momentos y en ciertas circunstancias, una suerte de intervalo de lo que agobia en la sartén de la vida? ¿No hay, en este sujeto tomado por el exceso, un gesto que tiende hacia una mano? ¿Y esta mano, si decide darse sin imponerse, no es imprescindible? Imprescindible, como es todo aquello que haga de la vida una apuesta que se quiera seguir sosteniendo. Aunque solo sea por dos minutos más.

#### IV. Del temblor a la arcilla. La invención en la psicosis y el analista como sostén

*“Pienso que perderé mi cabeza  
 si no encuentro algo que me tranquilice,  
 ¿Puedes ayudarme a ocupar mi cerebro?”  
 Black Sabbath, Paranoid.*

Desde el primer apartado, de manera implícita, como un zumbido que sostiene lo que se escribe, está el cuerpo del analista. Cuerpo que emergió al hablar de la mano, donde su presencia a modo de ausencia no pudo más que reclamar su estatuto concreto. Sin embargo, ya estaba allí en los diversos aspectos. En ese *estar ahí*, con el cuerpo. ¿El psicótico no necesita de un cuerpo que lo sostenga ante esa amenaza sitiada de hacerse añicos? Ese cuerpo fragmentado que Lacan alguna vez ubicó como el cuerpo de todo ser parlante, que solo mediatizado por una unidad tan ilusoria como necesaria, puede llegar a pensarse uno lo que en verdad es un cúmulo. El psicótico, en numerosas ocasiones, testimonia de eso que es puro agujero: el cuerpo. Ya nada de júbilo, ni de imagen que permite el reconocerse, sino más bien desgarró en lo más íntimo. Allí, un cuerpo, el del analista, deberá proponerse como sostén.

Sostén que deberá ubicarse como condición necesaria, si algo estabilizador para el sujeto quiere pensarse y sostenerse en el tiempo. Es decir, en este apartado intentaremos ubicar ciertas directrices provisionarias para pensar un tratamiento que apueste a la vida del sujeto más allá de lo que corroe el cuerpo y que lo condena al ostracismo. Porque lo que sostendremos es que la invención es necesaria para pensar una estabilización. Y la misma es efecto del sostén, y solo se podrá mantener si hay alguien que ponga el cuerpo para que perdure eso que siempre puede ser propicio a desmoronarse.

Jose Maria Alvarez, ubica este momento como diferente —aunque articulado— al que planteamos anteriormente. Ya no es solamente acotar lo que no cae, es decir el exceso, sino que nuestro papel será el de “(...) fomentar la creación y colaborar con la invención” (2020, p. 194). Nuestra función será la de promover —sea el delirio, sea la invención— algo que opere como estabilizador. El analista “Por eso *apoya* —las itálicas son mías— al inventor y suscribe sus locuras delirantes e inventivas, sean musicales, literarias, políticas, psicológicas, científicas o lo que sea, a condición de que favorezca la creación de una obra” (idem). ¿Uno acaso no se apoya en eso que sostiene? Allí es necesario ubicarnos como analistas, en la dimensión del sostén. Es decir, esto no es sin las dimensiones ubicadas anteriormente, uno allí se amolda a lo que el sujeto trae a escena pero este amoldarse no es sin pescar que desde ahí podemos fomentar y sostener para que algo de eso no caiga como en saco roto. Alvarez nos cuenta sobre un analizante al que jubilaron y que se pasaba días enteros viendo películas de extrema violencia como un modo de hacer algo con la violencia que lo habitaba. Entretanto, entre el jubilado y su analista dieron con la escultura, y la vida del ahora escultor cambió para siempre. Aquí las palabras de su mujer: “Pero desde que está con eso, se ha calmado. En buena hora empezó a dar martillazos. Ya no tiene aquella violencia que le carcomía y que asustaba. Así que bendito de Dios, que siga con las

esculturas” (idem). Del temblor que habita y amenaza tanto al sujeto como a sus cercanos, a la arcilla y el armado de un mundo nuevo.

Federn (1984) habla de la necesidad —para toda cura del sujeto psicótico— del “(...) *apoyo continuo de la transferencia*” (p. 142). Otra vez, las *itálicas* son mías. Ubica esta continuidad, este sostén, como condición necesaria para toda cura del psicótico. A tal punto que nos cuenta una experiencia suya, experiencia que hoy en día es difícil de pensar, debido a la época y diversas condiciones. Nos relata un caso, en sus inicios como analista en la Viena de principios de siglo XX, en donde comenzó a visitar una adolescente internada en un hospital, y a partir de su trato amable, el contarle historias y algún que otro obsequio, logró instaurar una transferencia sobre él. La cuestión es que logró sacarla del hospital y llevarla a vivir con él y su esposa: “Soportamos sus estallidos emocionales, su negativa a

15

comer cuando temía que los alimentos estuviesen envenenados, sus interminables paseos por el cuarto durante la noche, su hábito de fumar en exceso, el relato de sus tribulaciones alucinatorias” —esto no puede dejar de tener resonancias con lo planteado en los apartados anteriores—, y termina el párrafo diciendo: “No impusimos restricción alguna a sus movimientos, aunque sabíamos que así corríamos el riesgo de que se suicidase” (p. 145). El secretario semejante y su sumisión, está todo allí. En este apartado queremos subrayar la presencia, el cuerpo del analista en todo esto.

Sin embargo, su relato no termina acá. Con el paso de los años empezó a vivir con ellos durante períodos más breves y comenzó una experiencia independiente en una casa propia. “Ella prosiguió sus estudios y se convirtió en buena pintora. Solicite a los profesores de la Academia de Arte que en caso de que ella tuviera un comportamiento ‘extraño’ y paranoide allí, me llamaran a mí y no a ningún otro psiquiatra” (p. 146) Y, por momentos, cuando habitaba la turbulencia, los volvía a visitar y daban paseos en carruaje hasta que se calmaba y volvía a sus estudios. Una vez estable, la muchacha no volvió a visitarlos, y, según Federn “(...) esta deserción era apropiada y necesaria para evitar el temor de una recaída, al recordársele su estado psicótico” (idem). Sostén y desecho, de eso está hecho el cuero del analista.

Enfatizamos esta noción del cuerpo del analista y su sostén como una noción que implica tiempo y trabajo. Porque entendemos este cuerpo como “(...) un detallado proceso de inscripción donde participa el tiempo, el cuerpo como superficie, las herramientas con las que cada analizante cuenta, o no cuenta, para producir sus marcas, sus trazados” (Amorós, 2017, p. 12). Es patente la articulación del cuerpo del analista, su sostén, para que algo allí se anude con las referencias con las que cuenta el sujeto. Vemos en el caso traído por Federn un ejemplo paradigmático de esta noción del cuerpo del analista y el valor de uso que cobra para su analizante. Mantener esta concepción, para Amorós, es lo que permite un análisis en esas estructuras —como la psicosis— en donde no hay trabajo a nivel de los quiebres y la ambigüedad de la palabra, tampoco con el sueño (p 26). Lo que subrayamos a esta altura es la invención del lado del sujeto como efecto de un lugar en el cual se sostiene. Es decir, de los planteos de Amorós se deduce que el cuerpo del analista no sería imagen, sino lo que sostiene una producción. Por ello resaltamos la noción de tiempo, ya que el analista deberá sostener lo que se va produciendo. Insistimos: estas nociones se oponen punto a punto a cierta noción de instantaneidad mágica que podría darse en un análisis. Como Federn nos permite visualizar, ese hombre comprometido acercándose a la academia, presente también en momentos de fragilidad para que luego, en la calma, la muchacha volviera a estudiar. Pintura y escultura fueron los ejemplos que propusimos, pero para nada implica que la invención necesaria y obligatoriamente llegue por vías de creación artística. Vimos como en Schreber lo que estabiliza es el delirio una vez divinizado en su vínculo con el Otro (Dios).

Para Jose Maria Alvarez, por estas razones en el trabajo con la psicosis se habla de

desestabilización-estabilización, porque estos términos nos llevan a esa *invitación* permanente del sujeto a la invención de una posible solución. “Cada desequilibrio tiene su reequilibrio, cada roto, su descosido y cada mesa desajustada, su calza específica” (p. 188). Debido a estas características, lo del analista es un arte que “(...) consiste en introducir ese *apoyo* en el lugar y el momento oportuno” (p. 189). Las *itálicas*, nuevamente, son mías.

Entonces, considerar al analista desde esta perspectiva nos permite pensar una lectura que atienda a los trayectos e inscripciones que se van dando con el correr del tiempo, los modos propios de cada sujeto, los objetos que se atisban en su horizonte. Con la predisposición de proponer nuestro cuerpo como valor de uso, que será sostén —puede ser la voz a través de un teléfono, o como Federn en un carruaje dando su oreja— para que algo de una construcción, una creación, se preste a una solución estabilizadora. Estabilización necesaria, por provisoria que sea, si pretendemos que algo de lo que atormenta al sujeto, cese.

## V. Conclusiones

Habiendo partido inicialmente de la premisa fundamental de que habría transferencia y tratamiento posible en la clínica de la psicosis, siempre y cuando las referencias con las que cuenta el sujeto sean el puntapié para el trabajo analítico, y sometiendo luego a una rigurosa revisión, podemos decir que dicha premisa ha resistido en la argumentación.

La interrogamos desde el comienzo a partir de la posibilidad de pensar al secretario como respuesta a la certeza del sujeto sobre su delirio, yendo luego al semejante como ese lugar donde el testimonio del sujeto se dirige para ser constituido en su existencia, pasando por el analista sumiso ante las referencias del enfermo, y llegando finalmente al registro del sostén con el cuerpo para pensar una invención estabilizadora.

Así, hicimos en cada uno de estos puntos un énfasis fundamental en el hecho de que es desde el sujeto donde parte la mayor actividad, las posibilidades de construcción, es decir: el trabajo transferencial sobre la figura del analista. Este, lejos de ser pasivo, no deja de leer una y otra vez las claves transferenciales en las cuales es convocado, los modos en los que es construido: desde el reconocimiento del saber del sujeto que espera por su confirmación, pasando por su función de acotar el exceso en la estructura llegando a su rol de activo fomentador de la creación. Ni una vez se postuló como necesario el imponerse sino que siempre se acentuó el rol ya sea al recoger el testimonio, alojar el exceso o poner a trabajar el cuerpo dependiendo del momento y la situación; teniendo como base las referencias con las que cuenta y pone en escena el sujeto .

Vimos a su vez, con diversos recortes clínicos como el psicótico no puede sostenerse ante imposiciones que vienen de un otro, que por más pequeño que sea siempre puede tornarse un Otro persecutor, más si estas indicaciones se imparten en las primeras consultas. Schreber es un ejemplo, el de la muchacha que consulta a su psiquiatra es otro. Recortes que nos sirvieron para afirmar que no hay tratamiento posible si uno se impone más de la cuenta, porque, de entrada, insistimos e insistimos, no son esas las claves que se plantean transferencialmente. De allí que creemos conveniente para el analista la posición del incauto, del que ignora, el que se abstiene de comprender, el que es sumiso entendiendo por esto último el dejar de lado los modos propios para aggiornarse a los del sujeto. Aunque no utilizamos demasiado el término, entendemos que todo gira en torno a que el analista *debe dejarse usar*. Confundir esto con pasividad, con *hacerse* el muerto, es un error grave de lectura que no ponemos a cuenta nuestra y creemos que este trabajo es claro en sus

demarcaciones. Según Álvarez (2020) el vigor que toma la presencia del analista en transferencia se debe a este valor de uso y a un aguantar a pie firme los excesos, y no tanto a nuestras lindas y comprensivas palabras (p 79).

Y por último, destacar a modo de conclusión personal lo que me llevo de este recorrido: sí, el psicoanálisis será una práctica delirante, pero entre quienes lo practican hay un compromiso con el delirio del que se desprende una ética: escuchar a quien padece y, desde ahí, entre al menos dos, pensar una apuesta por la vida y las ganas de sostenerla.

## Referencias bibliográficas

- Allouch, J. (2015). *Ustedes están al corriente, hay transferencia psicótica*. Recuperado de: <https://unoaunoblog.wordpress.com/2015/08/28/ustedes-estan-al-corriente-hay-transferencia-psicotica-jean-allouch/>
- Álvarez, J. M. (2020). *Principios de una psicoterapia de las psicosis*. Xoroi Edicions.
- Amorós, O. (2017). *El cuerpo del analista*. Rosario: Otro Cauce.
- Federn, P. (1984). *La psicología del yo y las psicosis*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1991). *27 conferencia. La transferencia*. En *Obras completas. Sigmund Freud. ed., Vol. XVI*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Lacan, J. E. (2017). *Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. E. (2018). *Una cuestión preliminar a todo tratamiento posible la psicosis* (Vol. Escritos 2). Buenos Aires: Siglo xxi editores.
- Leibson, L., & Lutzky, J. R. (2020). *Maldecir la Psicosis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Maleval, J. C. (2020). *Coordenadas para la psicosis ordinaria*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Schreber, D. P. (1999). *Memorias de un enfermo nervioso*. Buenos Aires. Perfil Libros ed.

Vetere, E. (2012). *La transferencia y sus destinos: La posición del analista frente a la invención psicótica [en línea]. (Tesis de posgrado). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Memoria académica.*  
<https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.915/te.915.pdf>